

OTRAS RAZONES

ANIVERSARIO DE GOETHE



Si nos atenemos a las costumbres sociales que describió Goethe, en su novela-río (autobiográfica), «Wilhelm Meister», género literario del que fue inventor, tenemos la sensación de estar viajando, en el corazón de Europa y tras la revolución francesa, por países exóticos y épocas de fantasía. La sociedad de Goethe no parece un pariente lejano de la nuestra. Nada hay en ella que permita reconocer los rasgos familiares o vecinales, en hábitos o sentimientos, de nuestro actual modo de vivir y de sentir. La sociología ha dicho los cambios que la revolución industrial hizo en la estructura social y la escala de valores de las sociedades agrarias y artesanales. Y en la novela de Goethe son elocuentes los gérmenes laborales de esas transformaciones. Pero en el alma y en la psicología sentimental de sus personajes no cuentan los factores que estaban cambiando, ya en su época, la calidad y la naturaleza misma de los sentimientos. Salvo el comerciante, amigo de la infancia del protagonista, del que apenas se habla, en la obra «Meister» no hay un solo personaje femenino o masculino que, por sus afectos reales, sus ideales o sus inclinaciones, se pueda comprender por simpatía con nuestro tiempo. Por eso nos parecen pintorescas las novelas de Goethe (Werther, Afinitades electivas, Wilhelm Meister) y su poema lírico «Herman y Dorothea».

En cambio, si nos atenemos al campo de la tragedia, al de la ficción dramática concebida para ser representable, es decir, para ser vista como destino en las acciones y para ser sentida como imaginación en las pasiones, no hay en la literatura de todos los tiempos, salvo en Shakespeare, una obra más vigorosa, sugestiva, aleccionadora y actual que la surgida de la visión plástica de la vida que tuvo Goethe. Veía las formas del mundo como un pintor, y la moralidad de las acciones como un apóstol. Expresaba ideas y conceptos por medio de imágenes y de parábolas. Pese a su obsesión didáctica, y a su dominio de la etimología alemana (comparable sólo al de Lutero), era incapaz de expresar de modo literal y demostrativo la especulación del pensamiento. Refractario al modo filosófico de razonar (admiraba a Kant, pero su lectura le indigestaba), creía que esta dificultad la vencería en la vejez. Así lo confesó, al menos, en una carta a su amigo Schiller. Sin embargo, lo que él creía un defecto de juventud, y efectivamente lo era para la novela intelectual, manaba como fuente inagotable de su prodigiosa virtud para el teatro. Al que dedicó, como actor, autor y director, toda su vida. Concluida con un joven amor por una adolescente y una maravillosa poesía, a los 75 años, y con la segunda parte de Fausto y un corto «Prólogo en el cielo», pleno de gracia y de sentido, a los 83.

Los aniversarios de los genios no deben celebrarse en las fechas recordatorias de su nacimiento. Hecho que no dice nada

sobre el tiempo cultural que inspiró sus obras. Lo que importa saber del autor de Fausto es que pasó su vida prefigurando su advenimiento. Comenzó el esbozo, con 23 años, bajo el hechizo de las creencias

de su amigo Herder, sobre la fuerza de las leyendas populares para la vivificación del teatro alemán. El inconsciente poético de Goethe no tardó en fraguar la feliz fórmula que le permitió expresar, con desdoblamiento de la personalidad, la identidad única de su complejo genio. La dualidad unitaria de la amistad entre el madrileño Carlos, inteligente y cínico, y el canario Clavijo, sentimental y ambicioso, se repite con el doblete del prudente Príncipe de Orange y el temerario Conde de Egmont. Hasta llegar, a través de la oposición Tasso y Antonio, a la genial plasmación de sus sentimientos contradictorios en Fausto y Mefistófeles. Un conflicto moral que sólo pudo resolver cuando Napoleón, su héroe, y la Restauración, su legitimidad, cambiaron el signo rebelde de su siglo. Mefistófeles pierde la apuesta. Fausto es salvado.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LAS ILUSIONES INTEGRADORAS

¿Vive el hombre de nuestros días en el mundo real o en el de la ficción? Quizá la pregunta pueda sorprender a más de un lector. ¿Como es posible dudar del realismo de un mundo caracterizado



por su desarrollo científico y técnico, que le permite dominar la naturaleza y en que la comunicación y la información se han levantado a cumbres de transmisión instantánea. Yo diría, sin embargo, que el hombre de nuestra civilización —más el hombre que la mujer— vive en un universo de ficciones fabricadas y servidas por el poder, que tienden sobre la realidad un engañoso velo de Maya, de modo tal que la directa percepción y juicio de aquello que verdaderamente ocurre y de nuestra situación en el mundo queda obnubilada.

Al respecto podría ilustrar esta afirmación con dos anécdotas iniciales. La primera de ellas se refiere a un autoexiliado de un país socialista, que, gozando allí de una situación confortable como jefe de un servicio médico, había huido, no por razones políticas sino buscando el bienestar capitalista, a los Estados Unidos, donde vivía pobremente, pero en modo alguno lamentaba su situación, por el contrario, entornando los ojos soñadores, afirmaba que en

la tierra del tío Sam podría llegar a ser multimillonario. Y, aún más significativamente, me han relatado el caso de un hombre que viviendo en un chamizo de los arrabales de Caracas se mostraba feliz con su situación, exhibiendo un boleto que le iba a elevar al pínaculo de la riqueza, al ganar en las próximas carreras de caballos.

Se dirá, quizá, que se trata de meras anécdotas, mas ello no suprime su expresividad. Lo cierto es que se ha conseguido inculcar a gran parte de la población la creencia de que vivimos, panglossianamente, en «el mejor de los mundos posibles». Un mundo dirigido por los intereses despóticos de una minoría, cuyo brazo armado es la OTAN y cuya política económica se cifra en el beneficio de las grandes empresas, cada vez más fusionadas monopolísticamente, y en el cual el iceberg de la corrupción de sus gestores asoma cotidianamente su punta, se transforma, tocado por hábil varita mágica, en un ideal. Naturalmente algunos aspectos se explican por la falta de sentido ético de nuestra sociedad. Por el egoísmo creciente que se ha inyectado a sus ciudadanos. Mientras las bombas de nuestros aviones caigan en territorios ajenos no preocupa gran cosa la criminalidad de tales agresiones, sectariamente presentadas con falaces justificaciones por los medios de comunicación. Es la complicidad de una ciudadanía que ha perdido el norte moral. Pero el hecho de que acciones perjudiciales para los intereses de tal ciudadanía no provoquen apenas la protesta resulta sorprendente. Y no otra cosa ocurre, por ejemplo, con el proyecto de Maastricht, que deposita en el Banco Central europeo los poderes máximos, sin control democrático alguno, o con las aludidas fusiones que suprimen la mítica libertad de mercado, estableciendo un verdadero reinado sobre el mismo. O con el discurso económico cuya panacea, para resolver los problemas se centra en la fustigación de los trabajadores, mediante la contención salarial o la llamada «flexibilidad del empleo» y a la cual se apuntan nuestros sorprendentes socialdemócratas de nombre.

Sí, el hombre de nuestros días vive en la crisálida de un modo falaz y falsamente feliz en que ha sido envuelto. Ciertamente el ser humano es, ha sido siempre, habitante de diversos mundos, el de la imaginación y la fantasía, el del pensamiento y el proyecto. Y desde ellos ha percibido el mundo real que le rodea. El teatro, la novela, los mitos, el ejercicio de la racionalidad han forjado y alimentado la intimidad humana, la posibilidad de criticar el mundo dado, de soñar otros, de irlos realizando. Y el poder fabricó sus mitos integradores, también, sabiendo que esta intimidad y sus convicciones marcan nuestra acción. Las llamas del infierno, el lavado cerebral que pretende introyectar la conciencia de inferioridad en los trabajadores, en las mujeres, en las razas dominadas han sido viejos instrumentos de dominación. Hoy nos encontramos ante un ser humano sentado frente a una pantalla que troque su conducta, y, en tal actitud pasiva, mirando su capacidad crítica, le programa y domestica. ¿Cómo abrir sus ojos a la realidad?

Carlos PARÍS

TERCER GRADO

Ya lo verán. Está cantado. La concesión del tercer grado penitenciario a los tres oficiales de la Guardia Civil que fueron condenados en el «caso UCIFA» va a generar una campaña, en los medios habituales, para que la decisión judicial sea revocada y los agentes, que no gozan de la libertad total, ya que sólo salen unas horas, vuelvan a permanecer en prisión todo el día.

«Alarma social», «trato de favor», «decisión judicial de dudosa legalidad»... los argumentos, siempre los mismos, serán lanzados a la opinión pública, con un sistemático bombardeo, como si el gran problema de España es que esos tres oficiales, que están a punto de cumplir una parte importante de la pena impuesta, disfruten de una si-

tuación de semilibertad. En esto de las rasgaduras de vestiduras hay que andar con cuidado porque, de lo contrario, a uno se le pueden ver las vergüenzas. Si los terceros grados molestan, deberían molestar todos, los de los agentes de la UCIFA y los de los miembros de la banda terrorista ETA.

Además, conviene recordar que desde que se inició el supuesto «alto el fuego», más de 150 presos de ETA han abandonado, por unas razones u otras, la cárcel. No será Juan Bravo quien compare a agentes de la Benemérita, condenados por unos hechos que en otros países están autorizados, con terroristas, pero la cita se hace necesaria.

Juan BRAVO

